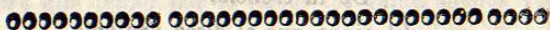


Que no veo.  
 Tú no exiges de mi mente  
 Que en tus límites estrechos  
 Te comprenda;  
 Lo que ordenas justamente  
 Es que tu amor nuestros pechos  
 Siempre encienda.  
 Amor es el dulce fruto  
 Que te consagra mi tierno  
 Corazon,  
 Y es la ciega fe el tributo  
 Que te ofrece, ó Dios eterno,  
 Mi razon.

T. A.



## LECCION VI.

DE LAS OBLIGACIONES DE LAS NIÑAS PARA CON  
 SUS PADRES.

## I.

Apenas venisteis al mundo y se abrieron vuestros ojos á la luz sentisteis sobre las mejillas unos labios que recogian con amor vuestras primeras lágrimas, y visteis al lado de vuestra cuna

un padre y una madre que os recibian en sus brazos y os estrechaban sobre su corazon como un regalo venido del cielo, como una joya preciosa que debian conservar y mejorar. Crecisteis y vuestros padres os alimentaron, os vistieron y educaron; experimentasteis necesidades y ellos se desvelaron para satisfacerlas aun ántes que vuestra lengua supiese expresarlas; os visteis débiles y ellos os prestaron su apoyo; llorasteis y ellos recogieron vuestro llanto. Ved pues si debéis agradecimiento á quienes tanto han hecho y hacen todos los dias para vosotras; ved pues si debéis amor á quienes tanto os aman.

El cariño y respeto á los que os dieron la existencia es la primera obligacion que contrajisteis al venir al mundo despues del conocimiento y del amor de Dios. Mas esta obligacion grabada en nuestro pecho por el mismo Señor, cuan dulce es y cuan ligera!

El amor filial y el respeto y obediencia ciega á los padres son los mas bellos adornos del corazon, la mejor hermosura que puede apetecer una niña. Vosotras mismas no podriais querer á una de vuestra edad por bella que fuese, si le vieseis indócil y desagradecida á los que le dieron el ser.



¿No habeis oido decir que las avecillas salen á buscar el alimento para sus padres cuando no pueden ya volar de puro viejos? Pues si las pobres aves del cielo que no tienen razon hacen esto por instinto, quanto mas vosotras que sabeis hasta que punto os quieren los vuestros y quanto se afanan para haceros felices!

Correspondedles pues, hijas mias, queredles con ese amor tan bello con que sabe amar vuestro corazon, con ese cariño puro y sin doblez que tan bien os sienta. Pagad con estimacion su estimacion, su ternura con ternura, pero haced que esta se manifieste especialmente en vuestras acciones, y sobre todo en serles dóciles y obedientes.

El amor que es solo de palabra y que se revela unicamente con fingidos halagos es una mentira que prueba muy mal corazon, y ¡ay de aquella á quien sus padres pagasen con el mismo amor! ¡ay de aquella que cuando tuviera hambre y pidiese pan solo recibiese de sus padres falsas caricias!

Aun cuando el mismo Criador no os hubiese mandado respetarlos y amarlos de todo corazon, os impondria este santo deber el agradecimiento. Y en efecto ¿á quienes si no á ellos de-

beis todo cuanto teneis? ¿Quienes despues de Dios os han amado y aman con mas profunda ternura? ¿Qué amigas os querrán jamás como ellos os quieren? Por esto dice el Señor: «Honra á tu padre con todo tu corazon y no te olvides de los gemidos de tu madre.—Acuerdate que á no ser por ellos no hubieras nacido, y correspondeles segun lo mucho que han hecho por tí.»

«Si ves á tu madre desvalida ó que por la vejez le faltan las fuerzas para caminar, decia una sabia preceptora á sus queridas alumnas (\*) ¿quien deberá darle el brazo y sostenerla sino aquella á quien sostuvo y llevó en los suyos cuando no podia andar? ¿Quien deberá procurarle la ropa necesaria sino aquella para la cual habia preparado los vestidos desde antes que recibiese la vida? ¿Quien deberá mantenerla sino aquella á quien alimentó primero con su propia substancia, y luego le ganó el pan á costa de continuos desvelos?»

Grabad en vuestro corazon, hijas mias, los avisos de aquella sabia preceptora.

La naturaleza nos muestra tambien con ejemplos como debemos amar y corresponder á nues-

(\*) *Mma. Campan.*





tros padres. Contemplad esas flores que nacen, crecen y se desarrollan á la sombra de un árbol centenario; ved como se enlazan á su protector, y lo embellecen con su juventud y loxania, y ocultan entre sus hojas las imperfecciones de su viejo amigo. ¿Puede darse, hijas mías, un símbolo mas perfecto de vuestros deberes para con vuestros padres?

Para la niña que ama de veras á sus progenitores, mas bien que un deber penoso son un dulce placer las obligaciones que con ellos tiene, en especial la obediencia y el respeto, pues una y otra le ofrecen ocasiones de manifestar su amor, siendo como las brasas de fuego que hacen que huelga el incienso.

Pero vuestra obediencia no debe ser curiosa ni egoísta, esto es, no debe averiguar los motivos en que se funda, ni obrar con la esperanza de recompensas. Cuando vuestros padres os imponen un deber ó una privación lo hacen para vuestro bien, y por lo tanto debéis obedecerles ciegamente aun cuando no adivineis el motivo que les mueve á ello. La costumbre de obedecer de esta manera, á mas de grangearos su mayor estimación, engendrará en vosotras la docilidad, virtud que hace á la muger mas interesante y

amable que los lujosos vestidos y las piedras preciosas.

Aun cuando los mandatos de vuestros padres nazcan de un momento de mal humor y no procedan al parecer de ningun motivo razonable, no por eso debéis ser ménos diligentes en cumplirlos. Las mas de las veces aquel mal humor, aquellos momentos de melancolía nacen de los cuidados y desvelos que les causan vuestra educación y el acudir á vuestra subsistencia, y sería en vosotras la mas negra ingratitud disgustarlos en los instantes en que mas se afanan por vuestro bienestar. ¿Qué diriais de una avecilla que en el preciso momento en que su madre la cubriese con sus alas contra la furia del viento y de la lluvia, la picase porque no la permite ir á volar y tal vez á perderse? Pues mucho mas reprehensible que ellas seriais vosotras, porque el Señor os ha dotado de razon suficiente para conocer cuanto debéis á vuestros padres.

Un buen hijo nunca debe detenerse á examinar los mandatos de sus padres ni averiguar el motivo de su conducta. ¿Qué somos nosotros para ser jueces de los que son los primeros despues de Dios?



Lo mismo que hemos dicho de la obediencia debe entenderse, queridas hijas mías, del respeto.

La que no honra á sus padres no les ama.

No creais que el cariño filial destruya el respeto, antes al contrario lo sublima y purifica. Si naturalmente nos sentimos inclinados á honrar y estimar á la vejez llena de canas, ¿cuanto mas amaremos y respetaremos esas canas si la frente que coronan es la de los que nos dieron el ser?

Tampoco creais que el respeto que debéis á vuestros progenitores destruya la franqueza que debe reynar en las familias, sino que por el contrario la aumenta. La experiencia me ha hecho conocer que los hijos que mas respetan á sus padres son los que ménos temen comunicarse con ellos. La que tan solo los obedece y honra por temor mal podrá ser nunca su amiga.

Aunque os creo á todas hijas buenas y obedientes, y sé que recordareis y practicareis los avisos que os acabo de dar, no quiero terminar esta leccion sin trasladar aqui las palabras de bendicion que dirige el Señor á los buenos hijos y las amenazas que fulmina contra los malos. Grabadlas en vuestra memoria como verdades que son en sí, y como procedentes del mejor

padre, del mejor amigo de los niños, del mismo Dios. Vedlas ahí:

«Tu, ó hijo mio, escucha las correcciones de tu padre y no deseches las advertencias de tu madre:—ellas serán para tí como una corona para tu cabeza y como un collar para tu cuello.»

«Como quien acumula tesoros, asi es el que tributa honor á su madre.»

«El que honra á su padre vivirá larga vida, y da consuelo á la madre quien al padre obedece.»

«Honra á tu padre con obras y con palabras y con toda paciencia;

«Para que venga sobre tí su bendicion, la cual te acompañe hasta el fin.»

«La bendicion del padre afirma las casas de los hijos; pero la maldicion de la madre las arruina hasta los cimientos.»

«No te alabes de aquello que es la afrenta de tu padre, porque no es gloria tuya su ignominia.»

«Hijo, alivia la vejez de tu padre, y no le des pesadumbres en su vida;

«Y si llegare á volverse como un niño compadecele, y jamas le desprecies por tener tu mas vigor que él, porque la beneficencia con el padre no quedará en olvido.»



«Por sobrellevar los defectos de tu madre en su vejez recibirás tu recompensa.»

«¡O cuán infame es el que á su padre desampara y como es maldito de Dios el que exaspera á su madre!»

«Aquel que maldice á su padre ó á su madre apagarle ha la candela en medio de las tinieblas.»

Pudiera citaros muchísimos nombres de niñas que se han hecho célebres por el amor y respeto á los que les dieron el ser; pero porque sé que vuestro corazón se abre mas bien á la voz de la ternura que á los ejemplos, espero que la lectura de la siguiente poesia de una señorita que tuvo la desgracia de perder á su buena mamá siendo muy niña, despertará en vosotras los puros sentimientos de amor filial que en mi pecho despierta.

*Un beso maternal.*

¿Qué valen las caricias,  
Los abrazos y besos  
Si no son prodigados  
Por maternal afecto?  
Es la amistad efímera,

El amor pasajero,  
Humo fugaz la gloria  
Y el porvenir incierto:  
Ay! solo es positivo  
El cariño materno.  
¿Buscáis amistad firme,  
Afecto duradero,  
Y en el amor y gloria  
Un porvenir risueño?  
Pues bien lo hallareis solo  
En el materno pecho.

Felices los que han sentido  
Su tierno rostro oprimido  
Por el labio maternal!  
Dichosos los que han oído,  
Y al canto se han adormido  
De aquella voz celestial!

Tu no puedes comprender  
La dicha de poseer  
Lo que tienes, niño, ahora;  
Lo que vale esa muger  
Que ríe con tu placer  
Y que si tu lloras, llora;  
Que vela siempre á tu lado



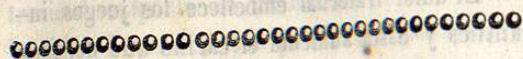
Con solícito cuidado  
Y tu querer adivina,  
Su amor desinteresado  
Tan dulce, tan sosegado  
Como la aura matutina.

Niño, cuando la razon  
Alumbra tu corazon  
Y veas como es debido,  
Recuerda con que ilusion,  
Con que delirio y pasion  
Esa muger te ha querido.

Besa el polvo que pisó  
Y la cuna que meció  
Con un afan tan prolijo;  
Respeto lo que tocó,  
Lo que te dijo y mandó;  
Mucho debe hacer un hijo!

Alza tu lánguido brazo,  
Forma con el suyo un lazo  
Y no lo sueltes jamás;  
Dirige su tardo paso,  
No andes en amarla escaso;  
Nunca cual ella amarás!

*Josefa Massanés.*



## LECCION VII.

### OBLIGACIONES DE LAS NIÑAS PARA CON SUS HERMANOS.

Cuanta dulzura se encierra en estas palabras: «Somos hijos de unos mismos padres!» Cuán grato es encontrar á nuestro lado desde que nacemos un ser igual á nosotras, dotado de las mismas inclinaciones, alimentado en el mismo seno, educado en los mismos sentimientos y hasta con ciertos rasgos de fisonomia semejantes á los nuestros! Cuán dulce tener siempre cerca de nosotras un compañero con quien partir nuestras diversiones, con quien enjugar nuestro llanto!

Despues de vuestros padres no hallareis amigos mejores que vuestros hermanos ó hermanas: amadles pues y el Señor llenará de bendiciones vuestros primeros años.

Nadie siente mas lo dulce que es tener hermanos y amarlos que la niña que tiene la desgracia de carecer de ellos. Es tan triste, hijas mías, no encontrar cerca de sí en el seno mismo de la familia un corazon de nuestra edad con quien unir el nuestro!



El amor fraternal embellece los juegos infantiles y hasta aumenta el cariño que debemos á nuestros padres. ¿Cuál de vosotras al divertirse persiguiendo á una mariposa no experimentará doble placer si le ayuda á cogerla su hermanita? ¿Cuál, si tiene que arreglar un ramito para su mamá, no se complacerá en que un hermano le ayude á escoger las flores?

La naturaleza nos ofrece á cada paso ejemplos de como debemos amar en todos los estados de la vida.

Cuando al sentir el frio las golondrinas emigran de un pais en busca de climas mas templados, tienen que atravesar á veces largos espacios de mar donde les es imposible pararse, á ménos que encuentren alguna embarcacion en el camino. Entónces las mayores sostienen en su vuelo á las mas pequeñitas, que á no tener quien las auxiliase caerian de cansadas en el agua. Imitad en esto á las golondrinas, amandoos, sosteniendoos y ayudandoos unas á otras.

Sed indulgentes con vuestros hermanos si cometen una falta, mucho mas que lo seriais con los estraños, y en ningun caso vayais á decir á vuestros padres, sino os lo preguntan; «mi hermanito ha hecho esto ó aquello;» antes al con-

trario disculpadle en cuanto sepais. El delatar las faltas de un hermano prueba mal corazon, y en vez de cautivaros de esta manera el aprecio de los que os dieron el ser, os hareis odiosas á sus ojos y os atraeris la desconfianza y el aborrecimiento de todos los demas.

¿Sabeis que hace vuestro ángel custodio si alguna vez desobedeceis á vuestros padres, ó dejais de cumplir algun otro deber? Llorá é intercede por vosotras delante de Dios para que no os castigue como mereceriais. Lo propio debeis practicar vosotras si quereis conservar el amor del Señor, de vuestros padres y de vuestros hermanitos.

La que sea mejor entre vosotras procure servir de ejemplo á las demás tanto en el amor y obediencia á los que le dieron el ser, como en la aplicacion y en las demas virtudes, y la que sea menor cuide de imitar á la que sabe mas y es mas buena que ella y de no apartarse nunca de sus consejos.

Debeis obedeceros tambien unas á otras, pues si os acostumbrais á practicar esta virtud entre vosotras tan solo por amor, os será mas fácil ejercerla con aquellos á quienes debeis obedecer por obligacion.



Si uno de vuestros hermanos ó hermanas es mejor que vosotras y por consiguiente mas amado de vuestros padres, en vez de mirarle con envidia y de aborrecerle por esto, como hacen algunas niñas de mal corazon, procurad sed buenas como él, y vuestros padres, que tienen amor para todos sus hijos, bien asi como la aurora tiene rocío para todas las flores, os premiarán lo mismo que á aquel con sus caricias. De otra suerte la envidia os haria aborrecibles, como al gusano venenoso que muere con gusto con tal que pueda marchitar la rosa que le daba sombra.

Las débiles cañas se burlan de la fuerza del viento mientras están al brigo de un árbol, pero puede faltarles este, y ¡ay de ellas entonces si no están unidas! Aprended, hijas mias, de este ejemplo. Amaos mutuamente mientras vivis á la sombra de vuestros padres, á fin de que si por desgracia os llegasen estos á faltar, lo que no permita Dios, siendo niñas, podais unidas por el amor fraternal resistir mejor á las desgracias que os sobrevengan.

Bello grupo de hermosas estrellas,

Lindo tallo de un mismo rosal

Son las niñas que nunca en querellas

Ultrajaron su amor fraternal.

¡Oh, feliz la que siente el consuelo

Que derrama el cariño de hermano!

¡Es tan dulce en el áspero suelo

Estrechar en la nuestra una mano!

Contemplar el semblante inocente

Del que aduerme el arrullo materno,

E imprimir en su angélica frente

Nuestro beso de amor dulce y tierno!

Escuchar este nombre de hermana

Que tan grato resuena al oído,

Que disipa la angustia tirana,

Que mitiga el doliente gemido!

El decir sangre tuya es la mia,

Nuestro ser al ser mismo debemos,

Y una mano en el mundo nos guia,

Y el amor de una madre tenemos!

Respetad ese lazo sagrado

Con que Dios al nacer nos unió:

¡Ay del niño que el nombre ha injuriado

Del que padre á su padre llamó!

*Victoria Peña.*





## LECCION VIII.

OBLIGACIONES DE LAS NIÑAS PARA CON SUS  
PRECEPTORES.

Los maestros son, hijas mías, como unos segundos padres que cuidan de alimentar vuestro espíritu, de perfeccionarlo y embellecerlo y de haceros útiles á vosotras mismas y á los demas. Honradles pues como á los que mas merecen serlo despues de los que os dieron el ser, y respetadles por los muchos beneficios que en vosotras derraman.

A vuestra edad el corazon es como un pedazo de blanda cera en que se puede grabar asi lo bueno como lo malo, tanto lo hermoso como lo feo. Vuestros preceptores son los que imprimen en él los buenos sentimientos, los que, por decirlo asi, engarzan en el mismo, como diamantes en un collar, las virtudes, los que lo ennoblecen, lo que lo purifican, los que lo vuelven hermoso. Ellos son los que graban en él esa belleza mas duradera que la del rostro y que se hace estimar mas que ella. Ellos son los que al

pasar por el borde de un precipicio cubierto de flores os dan la mano para que no caigais en él. Ellos son en fin los que ponen en vuestras manos la antorcha que debe iluminaros cuando algun dia marcheis solas ó tengais que guiar á otros por el sendero de la vida. Pensad pues si tantos y tan grandes favores merecen ser agradecidos y recompensados con el amor, la aplicacion y el respeto,

¿Qué diriais de un hombre que internandose por las dificiles revueltas de una obscura cueva de la cual no fuese posible salir sino guiado por un práctico, insultase á este al verse fuera, ó dentro de ella le desobedeciese y escarneciera? ¿No tendriais al tal hombre por un ingrato ó por un loco? Pues bien; mas desagradecida é insensata es la niña que no honra y obedece á sus maestras y preceptoras cuando la guian por el sendero del saber y de la virtud.

Los pajarillos que alimentais en vuestras casas cantan mas, y os acarician y festejan con mas ternura cuando los cuidais con mayor esmero. Aprended pues vosotras de los pajarillos.

Las rosas crecen mas lozanas y tienen mas perfumes para la mano que los cuida y que las riega. Imitad pues á las rosas.



No olvideis jamas que vuestro corazon es como la tierra donde echan los preceptores la simiente, y que si por sus desvelos soys como un ameno jardin que produce toda clase de flores, seriais si no fuese por ellos como un campo yermo donde solo nacen espinos; que siendo bien educadas soys tan queridas de todos como seriais desgraciadas sin educacion, y que si en suma la muger es mas feliz cuanto es mas digna del amor de las demas y de su respeto, á vuestros preceptores debereis en gran parte la dicha que gozais en la tierra.

En vuestra tierna edad en que no se conoce bien aun el motivo porque se obra con vosotras de esta ó de aquella manera, se mira generalmente con cierto desvio á los maestros porque se ven á veces en la triste precision de castigar. Este es un error en que no quisiera que incurrieseis vosotras porque destruye en gran parte ó cuando ménos retarda los efectos de la educacion. No estimar á los preceptores porque os corrigen y contrarian en ciertos casos, es lo mismo que si un niño estando enfermo aborreciese al médico por que se vé obligado á darle bebidas amargas para volverle la salud.

Cuando sereis mayores y os podreis presen-

tar en el mundo con la educacion ya formada, conocereis mejor los buenos resultados de las reprehensiones de vuestros maestros y los bendecireis por ellas. Entónces echareis de ver cuanto os amaban y se interesaban por vosotras en el instante mismo en que os imponian algun castigo; entónces conocereis con cuanto sentimiento lo hacian, y que padecian mas ellos por vuestras faltas que vosotras por tener que sufrir sus correcciones.

Generalmente os parece que querriais mas á vuestras preceptoras si os tratasen con mas mimo ó fuesen méas severas; mas ay de vosotras si asi lo hiciesen! Entregadas entónces á vosotras mismas, como ciegos sin guías para acompañarles, y no reconociendo mas norma que vuestros caprichos, que renovarias á cada minuto, y que no podriais satisfacer la mas de las veces, os hariais insufribles á los demas, y os encontrariais al entrar en el mundo sin haber aprendido nada, con un carácter indócil y exigente, y siendo objeto de escarnio y de desprecio para las personas bien educadas.

La costumbre de tratar con niños hace que los maestros despues de algun tiempo de tenerlos á su lado estimen á todos sus dicipulos como



á hijos: amadles vosotras como á padres.

Es tan poco lo que exigen de vosotras en comparacion de lo que os dan! Creense mas que recompensados con un poco de amor, de respeto y sobre todo de aplicacion, y una vez que es tan fácil á vuestro tierno corazon amar, que os sienta tan bien el respeto y que la aplicacion produce tan buenos resultados y que os embellece tanto, ¿cuál de vosotras dejará de complacer á sus preceptores, de recompensarles por el interes que por vosotras se toman? No lo sospecho de ninguna de mis hijas, pues creo que me amais demasiado para que no ameis tambien á aquellos á quienes confié el cultivo de vuestro espíritu.

Que la lectura de la siguiente poesia sirva para conservar en vuestro tierno pecho los sentimientos que he procurado inspiraros en esta leccion!

El ave paga con cantos  
Y con juegos y caricias  
Al que tierno le alimenta  
Y que le cuida y le mimas.  
La flor con mas rico aroma  
Y con hojas muy mas lindas  
Recompensa al jardinero

Sus desvelos y fatigas:

Asi vosotras tambien,  
Cual la flor y el ave, ó niñas,  
Sed con vuestros preceptores  
Dóciles y agradecidas.

Ellos son como una antorcha  
Que en las tinieblas os guian;  
Ellos os tienden la mano

Al caminar entre espinas,  
Y ¡ay de la que los desprecia  
Y no los respeta altiva,

Pues le faltará la antorcha  
En el medio de la via,

Ni tendrá quien la sostenga  
Del precipicio en la orilla!

No permita Dios que nunca  
Tales seais, hijas mias;

Honrad á vuestros maestros  
Dóciles y agradecidas,

Y cual el ave y la flor  
Sereis en belleza ricas,

Y amadas sereis de todos  
Cual la flor y el ave, ó niñas.





## LECCION IX.

## DEL RESPETO Á LOS ANCIANOS.

Honra en todas las personas ancianas la imagen de tus padres y abuelos: la vejez inspira veneracion á todos los corazones rectos.

«No pierdas el respeto al hombre en su vejez, pues de los jóvenes se hacen los viejos.»

«En medio de los magnates no seas presumido, y donde hay ancianos no hables tu mucho.»

«Levántate delante de cabeza cana, y honra la persona del anciano, y teme al Señor.»

Grabad estas máximas en vuestro corazon, hijas mías, como dictadas que han sido por el mismo Dios.

Si la mucha experiencia aumenta el saber, ¿con cuanto respeto no debemos oír los consejos del que ha encanecido bajo el peso de los años? No os avergonceis nunca de preguntarle y de consultarle vuestras dudas, y estad seguras de que ballareis siempre la verdad en sus labios.

Cuando esteis delante de un anciano no perdais de vista la triste pero provechosa idea de que es como un astro próximo á trasponerse,

como un árbol frondoso que no tardará en marchitarse, como un bello edificio que tal vez mañana vendrá al suelo: habladle siempre con amabilidad y dulzura como si vuestras palabras debiesen ser las últimas que le dirigis, y así le respetareis como se respeta al que va á llamar en breve á la puerta del cielo, y le amareis como se ama la luz del sol antes de ponerse, la sombra del árbol antes de morir, y cuanto en fin está próximo á perderse.

Sed indulgentes con la vejez del mismo modo que lo es ella con la infancia: no olvidéis que podeis llegar á aquel estado y que entónces os agradará que os disimulen los demas los defectos y los caprichos que traen consigo los muchos años. El que cuando niño juzga las acciones del anciano y se burla de ellas será medido con la misma vara y escarnecido tambien en sus últimos dias.

Habia en la antigua Esparta una ley que mandaba á los jóvenes que se pusiesen en pié á la llegada de un anciano, callar cuando hablaba, cederle el paso cuando le hallasen. Haced por respeto lo que por espreso mandamiento hacian los espartanos.

«Tal belleza moral brilla en este respeto,



dice un escritor, que los mismos que se olvidan de practicarlo se ven como obligados á aplaudirlo en los demas."

Cuentan las historias que un anciano ateniense buscaba asiento en los juegos, llamados olímpicos, en ocasion en que todas las gradas del vasto anfiteatro donde se celebraban estaban ocupadas. Algunos jóvenes atenienses le indicaron que se acercase y despues de haberse llegado á ellos con no poca dificultad, en vez de respetuosa acogida solo encontró indignas risotadas. Rechazado de un punto á otro, encontróse el pobre viejo en el que ocupaban los jóvenes espartanos los cuales se levantaron al momento modestamente y le sentaron entre ellos. Entónces los mismos atenienses que lo habian tan imprudentemente burlado, llenos de estima por sus generosos émulos, levantaron de todos lados estrepitosos aplausos. Brotaron lágrimas de los ojos del anciano y dijo: «Los atenienses conocen lo que es bueno, los espartanos lo practican."

Que este noble ejemplo conserve siempre vivos en vuestro corazon el respeto y la estima que debeis á los ancianos.

Cual amamos del sol la luz postrera  
Que de encendido rojo el cielo tiñe,  
La frente, ó niñas, respetad que ciñe  
Cual diadema una blanca cabellera.

No desoigais jamas la voz del viejo  
Qué es hija del saber y la prudencia,  
Y seguid obedientes su consejo,  
Y humildes os mostrad en su presencia,

Perdonad sus defectos cual perdona  
La vejez nuestras faltas, hijas mias,  
Y os ceñirá de dichas la corona  
De la vejez en los cansados dias.

No os arredre la risa mofadora  
Del que le insulta con desden impio,  
Y llorad con el viejo cuando llora,  
Y abrigo le prestad si tiene frio.

¡Ay del que ultraja en su dolor al viejo  
Y sus palabras con desden recibel  
¡Ay del que cierra el alma á los consejos  
De aquel en cuyo corazon Dios vive! (\*)

---

(\*) Estas dos últimas estrofas estan sacadas de la poesia que con el título de La decrepitud, escribió Doña Josefa Massanés.